

Ana Galán

mondragó



CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de FUEGO



de

Ilustraciones de

Lectulandia

Cale y sus amigos han conseguido recuperar una cría de dragón de tierra, pero su misión no ha hecho más que empezar. Ahora deben localizar los huevos de las crías de dragón de fuego antes de que sea demasiado tarde. Pero ¿dónde los habrán escondido esos ladrones disfrazados? Si son dragones de fuego, ¿estarán en la herrería o quizás en el horno de pan? Tienen que actuar rápido, armarse de valor y salir a investigar con sus dragones... Lo que no saben es que alguien o algo los observa muy de cerca.

Ana Galán

Dragones de fuego

Mondragó. Crias de dragón - 2

ePub r1.1

Titivillus 29.05.2020

Título original: *Dragones de fuego*
Ana Galán, 2016
Ilustraciones: Javier Delgado González

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





PERSONAJES

CALE

Inteligente, deportista y divertido. Tiene una misión y no descansará hasta que la cumpla.



MONDRAGÓ

No es un dragón como los demás. No puede volar, se distrae con las moscas, se tropieza todo el rato y estornuda sin parar, echando fuego por la nariz.

CASI y CHICO



Casi, el mejor amigo de Cale, casi siempre tiene buenas ideas. Chico es su dragón.

ARCO y FLECHA



Arco es el irresponsable e hiperactivo del grupo. Sus padres le obligan a usar casco cuando monta en su dragón, Flecha.

MAYO y BRUMA



Mayo es muy disciplinada ¡y muy valiente! Le encanta entrenar a su dragona, Bruma.

Lo que ha pasado hasta ahora

El travieso Mondragó volvía a hacer de las suyas. Alborotaba a todos los dragones en las dragoneras del colegio y montaba tanto lío que el director le tuvo que dar a Cale un ultimátum: si quería seguir llevando a su dragón con él, debía ir todas las tardes con Antón para que le diera clases de adiestramiento. Así fue como Cale acabó ese día en la dragonería, sin imaginarse los peligros que lo acechaban.

Cuando llegó con el mondramóvil, Antón, el dragonero, pidió a Cale ayuda con las incubadoras donde se estaban formando las futuras crías de dragón. El trabajo parecía fácil, pero al entrar en la última cabaña, la incubadora horno de los compactiformes, alguien... o algo... los encerró y estuvieron a punto de morir asfixiados. Mientras estaban atrapados, unos extraños seres disfrazados de plantas se dedicaron a destrozar la zona de las incubadoras y, lo que es peor, irobaron algunos huevos de dragón! Por suerte, Mondragó ayudó a Cale y a Antón a escapar. Antón tenía que intentar reparar los daños y le pidió a Cale que fuera detrás de uno de los ladrones y recuperara el huevo que se había llevado.

La persecución fue intensa. El ladrón corría demasiado rápido y Cale estaba agotado. Justo cuando pensaba que lo iba a perder, acudieron en su ayuda sus amigos Casi, Arco y Mayo. Entre los cuatro, y gracias a la ayuda de Mondragó, consiguieron recuperar el huevo de compactiforme, del que salió una adorable cría de dragón de tierra. Después, los cuatro amigos regresaron con sus dragones a la dragonería, donde les esperaba un panorama desolador. Los ladrones

habían conseguido robar por lo menos un huevo de cada tipo de dragón y habían destrozado el lugar.

Los cuatro amigos y Antón trabajaron sin parar para reparar los desperfectos. Ya bien entrada la noche consiguieron que las incubadoras volvieran a funcionar, pero todavía tenían que encontrar los huevos robados. Si las crías de dragón caían en las manos equivocadas, se convertirían en animales muy agresivos y su reino correría un grave peligro.

La nueva misión de Cale y sus amigos es encontrar el resto de los huevos de dragón antes de que sea demasiado tarde.

¿Conseguirán recuperarlos? ¿Quiénes eran esos seres planta? ¿De dónde habían salido?

CAPÍTULO 1

UN NUEVO DÍA

El primer rayo de sol se coló por la pequeña ventana de las dragoneras y le dio a Cale en la cara. El chico se tapó los ojos con la mano y se acomodó en su cama de paja. A su lado, roncaba su fiel compañero, el travieso Mondragó, que ocupaba la mayor parte del establo. En los compartimentos vecinos, Pinka y Karma, las dragonas de su hermana y de su madre respectivamente, ya se habían levantado y esperaban pacientemente su ración de pienso.

Cale apoyó la cabeza en el cuello de Mondragó y, con un ojo medio abierto, se apartó la paja que se le clavaba en las piernas. Sabía que su cama era mucho más cómoda que aquel lecho de hierba seca. ¡Cómo le hubiera gustado dormir en su habitación calentita y confortable con Mondragó! Sin embargo, sus padres habían prohibido que el travieso dragón entrara en el castillo porque se hacía pis, y si se descuidaban, se zampaba todo lo que dejaban por el medio y rompía las cosas con su larga cola. Así que Cale decidió que dormiría con él hasta que aprendiera a portarse bien. ¡Y ya había pasado un año! A pesar de sus intentos por educarlo, Mondragó no parecía mejorar y seguía siendo el dragón juguetón y despistado de siempre.



Cale se estiró y volvió a cerrar los ojos. Era sábado y no tenía que madrugar para ir al colegio. Estaba a punto de quedarse dormido otra vez cuando le llegaron a la cabeza los recuerdos del día anterior: el calor asfixiante cuando lo encerraron con Antón en la incubadora horno, cómo persiguió al misterioso ladrón y cómo este había lanzado el huevo de dragón al aire y Mondragó casi se lo come. Por suerte, solo lo había atrapado en su boca y cuando lo escupió, apareció la cría más adorable de dragón que había visto en su vida. Era un dragón de tierra recién nacido, un compactiforme, que había cogido mucho cariño a su amigo Casi y gemía cada vez que se separaba de él.

«Menos mal que todo salió bien —pensó Cale entre sueños. De pronto, se incorporó—. ¡No, espera! ¡No salió todo bien! ¡Las otras crías están en peligro!».

Se levantó de un salto y zarandeó a Mondragó.

—¡Mondragó, despierta! —le dijo—. Tenemos que ponernos en marcha. Voy a coger unas cosas de mi habitación y enseguida vuelvo.

Mondragó pegó un pequeño rugido de protesta, se puso panza arriba y siguió roncando. ¡Era difícilísimo despertarlo por las mañanas! Cale decidió que lo dejaría dormir unos minutos más mientras él se preparaba.

Abrió la puerta de las dragoneras para dirigirse a su castillo.

En ese momento vio algo que se acercaba por el cielo. Era el dragón de reparto de la panadería, que volaba con los canastos repletos de hogazas de pan recién hechas. El repartidor era Abel Crombi, el chico más popular del colegio. Muchos de sus compañeros pensaban que Abel era un creído porque las chicas suspiraban por él; sin embargo, a Cale le caía bien. Abel era muy trabajador y un gran deportista. No vivía en un castillo enorme como casi todos sus amigos del colegio. Él compartía, con su madre y sus tres hermanos pequeños, una casa muy pequeña de piedra situada cerca del horno de pan y se despertaba muy temprano todas las mañanas para hacer el reparto y así ayudar a su familia con el dinero que ganaba.

Cale salió corriendo hacia él.



—¡Aquí, Abel! —gritó—. ¡Tira!

Abel sonrió. Movi6 las riendas de su drag6n y baj6 en direcci6n a Cale. Una vez que estaba cerca, le lanz6 una

hogaza.

—¡Atrápala! —dijo.

Cale corrió y pegó un salto. Cogió la hogaza en el aire y se tiró rodando por el suelo.

—¡La tengo! —dijo. Se levantó y apartó con la mano la tierra con la que se había rebozado el pan.

—¡Buen trabajo! —dijo Abel—. Oye, ¿el lunes vendrás a practicar con el equipo? Al entrenador no le hizo ninguna gracia que faltaras ayer.

Cale bajó la cabeza y dejó de sonreír. Llevaba mucho tiempo preparándose para el campeonato y ahora no podía ir a los entrenamientos porque tenía que adiestrar a Mondragó en la dragonería. A pesar de que sabía que su dragón era lo más importante, le entristecía mucho no poder seguir en el equipo.

—No lo sé —contestó negando con la cabeza—. Ya te contaré el lunes.

—Espero que puedas —dijo Abel—. Bueno, me voy, que todavía me queda mucho trabajo.

—¡Hasta luego! —gritó Cale mientras su amigo se alejaba por el cielo rumbo al siguiente castillo.

Con la hogaza de pan bajo el brazo, Cale abrió las grandes puertas de madera de su castillo. Nada más cruzarlas, lo recibió un rico aroma a chocolate caliente que le hizo rugir el estómago. El día anterior apenas había comido y estaba muerto de hambre.

Entró en la cocina y se encontró a su madre delante del inmenso fogón de leña, removiendo con una cuchara de madera el delicioso desayuno.

—Qué madrugador —dijo la madre de Cale al verlo—. ¿Adónde vas tan temprano?



—Tengo que volver a la dragonería a ayudar a Antón —respondió Cale sin querer entrar en más explicaciones. Sabía que podría confiar en su madre, pero Antón les había pedido que no le contaran a nadie lo que había pasado, por lo menos hasta que su padre regresara de viaje. El padre de Cale, el señor Carmona, era ahora el nuevo alcalde de Samaradó y estaba recorriendo los pueblos vecinos para hacer que la paz siguiera reinando en su país. Tardaría por lo menos dos o tres semanas en regresar y no había manera de enviarle una paloma mensajera para informarle de lo que estaba pasando.

Antón pensaba que, como los ladrones habían conseguido su cometido —robar los huevos de dragón—, era mejor no alarmar al pueblo. Tenían que dejar que creyeran que se habían salido con la suya y así, pillarlos desprevenidos. Sin embargo, no tenían ni idea de quiénes eran, ni de dónde habían venido. ¿Cómo iban a recuperar los huevos si no sabían ni por dónde empezar? Cale esperaba que Antón tuviera alguna idea brillante en mente.

Cale se sirvió un buen tazón de chocolate, arrancó un pedazo de pan y lo mojó en la bebida caliente.

—Me alegra ver que estás ayudando a Antón —dijo su madre—. ¿Volverás para comer?

—No creo —contestó Cale con la boca llena—. Hay mucho trabajo que hacer.

—Espero que no vuelvas tan tarde como anoche —dijo su madre—. Seguro que tienes que hacer deberes este fin de semana.

—Sí, mamá —dijo Cale sin dejar de masticar.

En unos minutos terminó su desayuno y subió la escalera de piedra que daba a su habitación.

Cuando entró, buscó a su alrededor algo que pudiera resultarle útil para su nueva misión. En una percha de madera estaba la armadura de su equipo de las cruzadas. El metal brillaba bajo la luz. A su lado, apoyada contra la pared, vio su nueva lanza ultraligera. Una vez más, Cale pensó lo mucho que le gustaría participar en el campeonato.



«De momento, será mejor que deje de pensar en el equipo», se dijo para sí mismo.

Cale oyó un aleteo que provenía de una esquina de su cuarto. Era su paloma mensajera, que acababa de despertarse y lo miraba desde su jaula.

—¿Estás lista para una nueva aventura? —le preguntó el muchacho acercando la mano. La paloma trepó por el brazo hasta su hombro. Después Cale agarró su lanza, metió en su morral una pluma, tinta y pergaminos y salió de su habitación. Bajó la escalera a toda velocidad—. ¡Adiós, mamá! —gritó.

—¡Que te diviertas! —gritó su madre desde la cocina—. ¡Y antes de irte, da de comer a Pinka y a Karma, por favor!

—¡Muy bien! —dijo Cale.

Divertirse era probablemente lo último que iba a hacer ese día...

CAPÍTULO 2

EL PLAN DE ACCIÓN

Cale entró de nuevo en las dragoneras. Mondragó seguía roncando panza arriba. Se acercó y lo zarandeó con fuerza.

—¡Arriba, levántate! —dijo.

Nada. El gran dragón estaba profundamente dormido. Solo había una manera de despertarlo.

Cale se acercó a los sacos donde guardaban el pienso. Con un cuenco llenó los comederos de Pinka y de Karma y después el de Mondragó. Al oír el ruido de las bolitas de pienso al caer, Mondragó movió el hocico, abrió los ojos y se levantó inmediatamente!

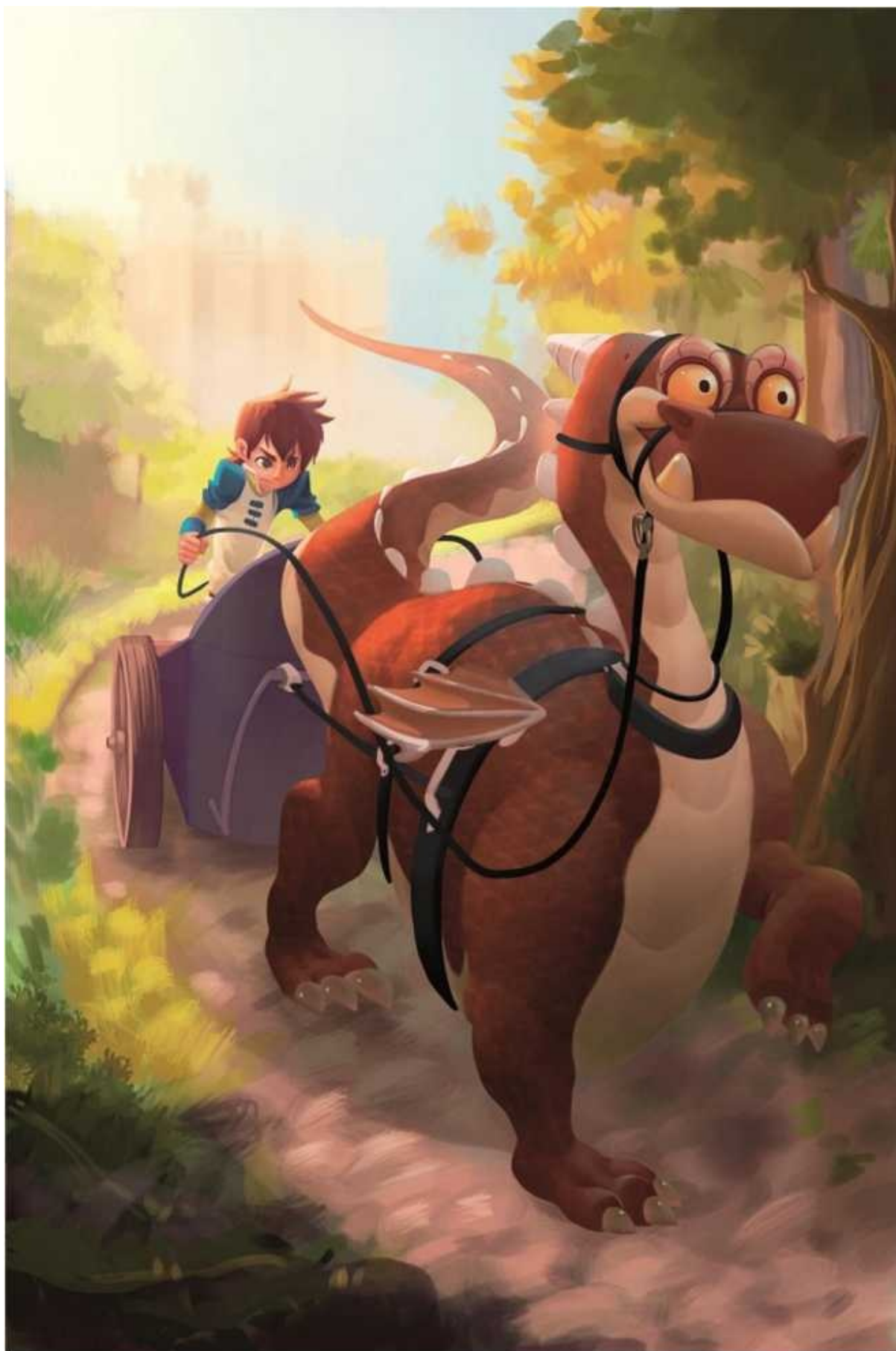
—Sabía que este método era infalible —se rio Cale viendo cómo su dragón se abalanzaba a desayunar y engullía rápidamente su comida.

Aprovechando que estaba distraído, Cale le puso el arnés y después metió su morral, la paloma y la lanza en el mondramóvil y ató las cinchas del vehículo de madera al cuerpo del dragón.

Unos segundos más tarde estaban listos para salir.

Cale sacó a Mondragó de las dragoneras, se subió en el mondramóvil y agitó las riendas.

—¡Vamos a ver a Antón! —dijo. Mondragó salió trotando y pronto cruzaron el puente que salía del castillo y se metieron por el camino de tierra, rumbo a la dragonería.



Era una mañana fresca de otoño. El sol se asomaba por detrás de los campos de cultivo, iluminando con sus primeras luces los árboles frutales y las últimas cosechas del año. Los campesinos todavía no habían empezado a trabajar y en el cielo despejado no se veía ni un solo dragón. Casi todos aprovechaban los sábados para descansar.

Cale y Mondragó recorrieron los caminos hasta divisar a lo lejos la dragonería.

Cuando llegaron al gran caserón de troncos, todo parecía estar en orden. El dragón verde seguía en la enfermería con el ala vendada, mientras que los dragones jóvenes corrían en sus corrales, vigilados por sus madres. En otro recinto se encontraban los dragones gemelos del exalcalde Wickenburg y Bronco, el diabólico dragón de su hijo Murda.

«Qué raro —pensó Cale—. Juraría que anoche no estaban allí. A lo mejor se escondieron de los seres planta».

Cale se bajó del mondramóvil y fue a la zona de incubadoras. El día anterior habían conseguido reparar casi todos los desperfectos, aunque todavía quedaban por limpiar los restos de tejas y maderas. De la fogata que habían hecho para conseguir brasas salía un hilo gris de humo.

Miró a su alrededor. ¿Dónde estaba Antón?

De pronto lo vio. Delante de la cabaña más alta, la incubadora de los velocípteros, el robusto dragonero yacía en el suelo inconsciente. En su mano sujetaba la empuñadura de su largo látigo, que se extendía por la tierra.

¿Estaría herido? ¿Lo habrían atacado durante la noche?

—¡No! —gritó Cale—. ¡Antón!



Salió corriendo temiéndose lo peor.

«Como le hayan hecho algo, me las pagarán», prometió Cale para sus adentros.

Al llegar donde estaba el dragonero se agachó a su lado y le puso la mano sobre el pecho.

—Antón, ¿estás bien? —preguntó.

El dragonero se movió. Abrió los ojos y cuando vio a Cale, se incorporó sobresaltado.

—¿Han vuelto? ¿Dónde están? —preguntó echando el látigo hacia atrás, listo para usarlo.

—No, tranquilo —contestó Cale más aliviado al ver que Antón solo se había quedado dormido—. Está todo bien. Casi, Mayo y Arco estarán a punto de llegar.

El dragonero se levantó y se frotó los ojos. Tenía aspecto de estar agotado. Debía de haber pasado toda la noche de guardia para asegurarse de que nadie volviera a atacar las incubadoras. Se acercó al pozo y sacó un cubo de agua fría para lavarse la cara.

En ese momento se oyeron unos gritos.

—¿Qué pasaaaaaaaaa? —dijo Arco, que se acercaba por el cielo a lomos de su dragón, Flecha.

Detrás de él iban Casi y Mayo en sus respectivos dragones.

Los amigos de Cale tomaron tierra y se bajaron de sus animales.

—Tenemos que ponernos en movimiento cuanto antes —dijo Antón un poco más despejado—. Ayer estuve haciendo recuento de los huevos de dragón. Por suerte, de los compactiformes solo robaron uno, y veo que la cría que recuperasteis sigue en buen estado —añadió mirando al dragoncito que Casi llevaba atado a su cintura con una manta.

Casi puso a la cría de dragón en el suelo y esta empezó a corretear torpemente entre las piernas de todos. Después mordió los zapatos de Casi y empezó a tirar de ellos dando pequeños rugidos.

—Está creciendo fuerte y sana —dijo Antón con una sonrisa—. Gracias por cuidar de ella.

—De nada —dijo Casi—. Ha dormido conmigo toda la noche, acurrucada a mi lado en la cama, ¡y ni siquiera se ha hecho pis!

Al oír eso, Cale miró a Mondragó. ¡Ya podía aprender de esa cría! Su dragón se había escondido detrás de Cale porque todavía tenía un poco de miedo del dragoncito que le había gruñido el día anterior, aunque, evidentemente, su inmenso cuerpo sobresalía por todas partes.



—Bueno, ¿qué hacemos hoy? —dijo Arco, que estaba deseando empezar una nueva aventura.

Antón sacó un pergamino.

—He tomado unas notas. Según mis cálculos, los ladrones se llevaron un total de siete huevos, sin contar el que recuperasteis ayer: dos mandibulados de fuego, un velocíptero de viento, dos cazaríferos de las cuevas, un multimembrado de hielo y otro misterimorfo de agua. Todos estos huevos van a eclosionar en las próximas semanas.

—¿Eco qué? —preguntó Arco.

—Eclosionar, Arco —repitió Mayo—. Eso quiere decir que los huevos se van a romper y saldrán las crías.

—Efectivamente —asintió Antón—. Las primeras que nacerán serán las crías de dragón de fuego. Les quedan menos de doce horas. Las demás tardarán un poco más, aunque no mucho.

—Entonces, ¡vamos a buscarlas! —dijo Arco subiéndose a su dragón.

—¡ARCO! —protestó Casi—. ¿Adónde vas? ¿Es que tú sabes dónde están?

—Ah, pues no —dijo Arco bajándose una vez más.

Cale se llevó la mano a la frente y Mayo miró hacia el cielo. Si a su amigo Arco no le paraban los pies, ya se habría ido sin tener un buen plan.

—Antón, ¿tienes alguna idea de dónde se los han podido llevar? —preguntó Cale.

—Los huevos de dragón de fuego tienen que estar en un sitio con calor constante —explicó Antón—. No deben de estar muy lejos porque no aguantarían un viaje largo. Seguramente los ladrones los han escondido en algún lugar del pueblo donde la temperatura sea muy elevada.

Cale, Casi y Mayo pensaron en cuál sería el escondite perfecto, mientras Arco se dedicaba a jugar con la pequeña cría de dragón.

—¡Ya lo tengo! —dijo Cale acordándose de la visita de su amigo Abel—. ¡En el horno de pan! El panadero siempre lo tiene encendido. ¡Seguro que los han metido ahí!

—También podrían estar en la herrería —dijo Mayo—. El herrero necesita mantener la fragua muy caliente para forjar sus herramientas.

—Sí, podría ser cualquiera de esos dos lugares —contestó Antón frotándose la barba. Después miró a los chicos con semblante serio—. No me gusta nada poneros en peligro, pero no me queda otra opción. Debéis ir a la herrería y al horno a investigar.

—¿No puedes venir con nosotros? —preguntó Mayo.

—No. Imposible. Todavía tengo que hacer algunos arreglos y no puedo dejar la dragonería sin vigilancia. Si se atreven a volver, esta vez estaré preparado —contestó Antón empuñando su látigo con fuerza.

Cale observó al dragonero. Aunque hablaba con decisión, no parecía el mismo hombre fuerte y robusto de siempre. Tenía grandes ojeras, la ropa manchada y parecía que no hubiese dormido en una semana. Después miró a su amigo Casi, que no le quitaba la vista de encima al dragoncito, y se le ocurrió una idea.

—Casi, ¿por qué no te quedas aquí con la cría? —dijo Cale—. Así la cuidarías mejor y podrías ayudar a Antón con las incubadoras.

—¡Sí, claro! —dijo Casi aliviado de no tener que enfrentarse a las plantas agresivas. A él lo no le gustaban tanto los peligros ni las grandes aventuras como a sus amigos. Casi era el pensador, el creador de grandes inventos. Su nombre en realidad era Pablo, aunque sus amigos lo llamaban Casi porque sus ideas geniales «casi» siempre salían bien.

—Gracias, Casi —dijo Antón—. ¡Ah, se me olvidaba! He preparado algo por si encontráis los huevos de dragón.

El dragonero se acercó con paso pesado a la incubadora de los dragones de fuego. Abrió la puerta, y después de buscar algo dentro, regresó con una jaula de madera con barrotes de hierro que metió en el mondramóvil.

—Si los encontráis, ponedlos aquí y traedlos inmediatamente de vuelta. Las crías de dragón de fuego son muy agresivas y difíciles de domar. Es mejor ser precavido y meter los huevos en la jaula por si se abren por el camino —explicó—. Llevad las palomas mensajeras, y si tenéis cualquier problema, puedo ir inmediatamente con mi dragón bicéfalo. ¡Ah! Y acordaos de que no debéis decirle a nadie lo que está pasando. No queremos que cunda el pánico en el pueblo.

—¡No te defraudaremos! —dijo Cale subiéndose al mondramóvil y agitando las riendas.

—¡VAMOS! —gritó Arco sentándose en la montura de Flecha y alzando el vuelo.



Mayo también se subió a su dragona y salió volando detrás de Arco.

—¡Tened mucho cuidado! —gritó Antón.

—¡Suerte! —gritó Casi.

Su misión acababa de comenzar.

CAPÍTULO 3

EL HORNO DE PAN

Cale iba en el mondramóvil por el camino que salía de la dragonería en dirección al horno. Mayo y Arco volaban por encima de él.

—¿Adónde deberíamos ir primero? —preguntó Mayo.

—Al horno, que está más cerca —dijo Cale con decisión—. Además, esta mañana he visto a Abel haciendo el reparto y me gustaría explorar el lugar antes de que regrese.

Mayo y Arco hicieron una mueca al oír el nombre del chico.

—Sí, mejor, porque no tengo muchas ganas de verlo —dijo Arco.

—Abel no es como pensáis —protestó Cale—. Deberíais darle una oportunidad. No se debe juzgar a nadie por su apariencia.

—Pues a mí no me importaría nada tener su apariencia y que me miraran todas las chicas como a él... —contestó Arco.

Cale ignoró el comentario. No tenía ganas de discutir con ellos. Tarde o temprano se darían cuenta de que tenía razón.

Al llegar al cruce del camino, Cale tiró de las riendas para que Mondragó se metiera por la desviación de la derecha.

—¡Más rápido, Mondragó! —animó a su dragón—. ¡Tenemos prisa!

Mondragó galopó por la vía que atravesaba el bosque. Bajaron una colina y siguieron por la ruta hasta que a lo lejos

divisaron el humo blanco que salía de la chimenea del horno. La brisa fría de otoño extendía el aroma a pan recién hecho.

—¡Qué hambre! —dijo Arco—. ¡Me comería veinte panes ahora mismo!

A Mayo y Cale también se les hacía la boca agua.

Ya estaban a pocos metros del horno y Cale les hizo un gesto con la mano a Mayo y Arco para que tomaran tierra. Debían moverse con mucha precaución y que no los viera nadie.

—Será mejor que dejemos a los dragones detrás de estos árboles y nos acerquemos andando —dijo Cale.

—Buena idea —dijo Mayo.

Los tres ataron las riendas a unas ramas para que sus animales no los siguieran. Cale le acarició la gran cabeza a Mondragó y cogió la lanza que llevaba en el mondramóvil. No sabía si los seres verdes andaban cerca y era mejor estar preparados.

Cale, Mayo y Arco se asomaron desde detrás de los árboles y estudiaron la pequeña casa de piedra. No había nadie a la vista. Cerca del horno estaba el corral donde descansaba el dragón del panadero. Era un animal grande y gordinflón, igual que su dueño.



La puerta del edificio estaba cerrada, y a la derecha de esta, pegados a la pared, tres arbustos finos y alargados tapaban la ventana. A Cale le pareció que las ramas se movían ligeramente. ¿Sería el viento o habría alguien escondido entre sus hojas verdes? Cale los observó con atención.

Sí, definitivamente, se estaban moviendo.

—Qué raro. Juraría que esas plantas no estaban ahí la última vez que estuve aquí —dijo Cale pensando en voz alta. Se arrepintió nada más decirlo.

Arco se llevó las manos a la cabeza al oír sus palabras.

—¡SON LOS LADRONES! —gritó—. ¡Hay que acabar con ellos!

—No sé, Arco —dijo Cale—. Parecen demasiado estrechos para...

Arco ya no estaba escuchando. Antes de que Cale terminara su frase y pudiera reaccionar, le arrebató la lanza de la mano y corrió hacia su dragón. Después de desatarlo,

se subió a la montura de un salto y le pegó un toque de talones.

—¡ARCO! ¡ESPERA! ¿Qué haces? —preguntó Cale corriendo detrás de él.

—¡AL ATAQUE! —gritó Arco.

—¡Arco, NO! —exclamó Mayo.

Demasiado tarde. El dragón de Arco, Flecha, ya había alzado el vuelo y se elevaba por el aire. Arco sujetaba la lanza con el brazo derecho. Su dragón siguió ascendiendo, y cuando alcanzó una altura considerable, el chico le empujó el cuello con la mano izquierda para que comenzara la bajada.

—¡ALLÁ VAMOS! —gritó apuntando con la lanza a los arbustos.

Mayo y Cale corrían detrás de él a toda velocidad.

—¡VUELVE! —gritó Cale—. ¡NO LO HAGAS! ¡ES PELIGROSO!

Arco no escuchaba. Seguía dándole con los talones a su dragón para que fuera más rápido. Flecha aleteó con fuerza. Después pegó las alas al cuerpo y se lanzó en picado hacia el suelo.

¡ZZUUUUUUUUUUUUUM!

Un segundo antes de estrellarse contra la tierra, Flecha giró y siguió volando a ras del suelo. Enfiló con el morro a los matorrales. Arco tenía un ojo cerrado para apuntar con la lanza a las plantas, que no parecían reaccionar ante el inminente ataque.

Flecha se acercaba rápidamente. Tres metros, dos, uno...

¡CHAS! La lanza atravesó el primer arbusto. ¡CHAS!, el segundo, ¡CHAS!, el tercero.

—¡TOMA YA! —gritó Arco victorioso.

Justo en ese instante, la puerta del horno se abrió de par en par.

¡La punta de la lanza se clavó en la madera! ¡CRAS!

Flecha no había podido frenar a tiempo y el dragón y su dueño chocaron contra la puerta abierta. ¡PLAF! Ambos cayeron al suelo después del impacto.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó el panadero, que había salido al oír el estruendo. Llevaba un delantal blanco y tenía las manos en la cintura. Observó la lanza clavada en la puerta, en la que se habían enganchado los arbustos como si fueran un pincho moruno, y al chico y su dragón, que yacían en el suelo aturcidos.

Cale y Mayo llegaron en ese momento jadeando.



Cale observó los arbustos. Allí no había nadie. Eran plantas normales y corrientes; plantas que Arco había desenterrado del suelo con su ataque sorpresa...

El panadero desclavó la lanza de la puerta y la tiró al suelo muy enfadado. ¡Estaba completamente abollada!

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —insistió el panadero furioso—. ¿Es que no sabes llamar a la puerta como una persona normal?

Arco se incorporó y se colocó el casco en su sitio. Estaba un poco mareado por el golpe y se tambaleaba. Ayudó a Flecha a levantarse y comprobó que no estaba malherido. Por suerte, la contusión no había sido grave.

—Yo... es que... —empezó a decir.

Mayo salió en su ayuda.

—Es que Antón nos pidió que viniéramos a comprar pan para la dragonería —dijo. Sabía que el dragonero era muy respetado y querido en todo el pueblo.

—Pues hay mejores maneras de hacerlo. —Gruñó el panadero—. Y tú —añadió señalando a Arco—, espero que te hagas cargo de reparar todos estos desperfectos. ¡Menudo salvaje!

—Eh... sí, sí, claro... —dijo Arco un poco avergonzado. Desclavó los arbustos enganchados en la lanza y los apoyó contra la pared.

—Bueno, pasad —dijo el panadero—. Os doy el pan y salís de aquí.

Cale y Mayo se miraron. ¡Eso les daría la oportunidad de explorar el horno! Si los huevos robados estaban ahí, los verían enseguida.

Los tres chicos siguieron al panadero al edificio. La pared del fondo era de ladrillo y en el centro se veía la abertura del horno. Dentro, las brasas rojas calentaban las hogazas de pan, que estaban ya tostadas y listas para salir.



Cale se acercó a mirar el interior del horno. Esperaba ver los huevos de dragón entre las brasas; sin embargo, allí no había más que el carbón ardiendo y el pan.

Miró a Mayo y le hizo un gesto con la cabeza. Allí no estaba lo que andaban buscando.

—¡Ten cuidado, no te vayas a quemar! —dijo el panadero apartándolo—. Bueno, ¿cuántas queréis?

—¡TRES HOGAZAS GRANDES! —dijo Arco ya recuperado.

El panadero sacó las tres hogazas con una pala de madera con el mango muy largo y las metió en un saco de arpillera.

—Aquí tienes —dijo—. Son seis samarales.

—¿Seis samarales? ¡No tengo tanto dinero! —dijo Arco. Se vació los bolsillos y sacó su tirachinas, unas cuantas piedras y bellotas, un trozo de corteza de árbol y, por fin, unos caramelos derretidos que se habían pegado a dos monedas de dos samarales—. Esto... ¿te vale con cuatro?

El panadero refunfuñó otra vez.

—No, son seis. Cuando vengas a reparar los daños ya me pagarás el resto —dijo—. Ahora será mejor que os vayáis de aquí antes de que rompáis nada más.

—Sí, claro, muchas gracias —dijo Cale.

—Vamos, Arco —dijo Mayo tirando del brazo de su amigo, que ya le estaba hincando el diente a un trozo de pan.

Salieron del edificio y Cale recogió su lanza mellada. Después los tres volvieron al lugar donde seguían esperando Mondragó y Bruma sin decir ni una palabra. Antes de subirse al mondramóvil, Cale le advirtió a Arco:

—A partir de ahora, no harás nada hasta que tengamos un plan muy claro, ¿entendido? —dijo—. ¡Has estado a punto de romperte la cabeza y has destrozado mi lanza!

—Bueno, bueno, tampoco es para ponerse así. Todo tiene arreglo —dijo Arco con la boca llena—. Toma, come un poco de pan. Ya verás como se te pasa.

Cale cogió el pan y le pegó un bocado. En el fondo Arco tenía razón. La lanza se podría reparar y, de todas formas, la probabilidad de que la usara en el torneo era cada vez menor. Agitó las riendas para que Mondragó se pusiera en movimiento.

—¡A la herrería! —gritó.

Sus amigos salieron volando detrás.

«Espero que esta vez encontremos los huevos», pensó Cale.

Iban a encontrar eso y mucho más...

CAPÍTULO 4

LA HERRERÍA

La distancia que tenían que recorrer para llegar desde el horno a la herrería era bastante grande. El camino principal rodeaba un bosque y les iba a llevar demasiado tiempo recorrerlo. Arco y Mayo no tenían ningún problema porque podían ir volando con sus dragones. Mondragó no podía volar y a Cale no le quedaba otro remedio que seguir la ruta en su mondramóvil.

El sol ya estaba alto en el cielo.

¡Las horas corrían demasiado rápido!

—¿No podríamos tomar un atajo? —les preguntó Cale a Arco y Mayo, que volaban por encima de él.

—Podemos cruzar el río —dijo Arco.

Cale se quedó pensando la sugerencia de Arco. Meterse en el río sería un problema para cualquier otro dragón, pero no para Mondragó. Él era un dragón de agua y sabía nadar. Tenían que intentarlo.

—¡Buena idea! —dijo Cale tirando de las riendas para que su dragón se desviara.

Llegaron al caudaloso río y Cale se detuvo en la orilla. Buscó un lugar por donde no hubiera muchas piedras y dirigió a su dragón hasta allí.

—Con cuidado —le dijo a Mondragó—. Acuérdate de que voy detrás.

El dragón metió las patas delanteras en el río y empezó a chapotear! ¡Le encantaba el agua! Cale sabía que si no lo controlaba, se lanzaría de cabeza para darse un buen chapuzón.



—¡No, no! —dijo—. Sigue, por favor.

Por suerte, Mondragó debió de notar el tono firme en la voz de Cale y avanzó lentamente por el río mientras bajaba la cabeza y aprovechaba para beber agua.

Una vez que llegaron a la otra orilla, Cale sonrió. Alo mejor Mondragó sí estaba madurando...

Habían conseguido ganar mucho terreno. La herrería se encontraba al otro lado del campo que se extendía delante de ellos.

Cale aguzó el oído. Normalmente, en esa zona se oían los martillazos contra el yunque, y ahora, salvo los cantos de algunos pájaros, todo estaba en silencio.

Siguieron avanzando y apareció ante su vista la herrería. Al igual que el horno, tenía una larga chimenea por donde salía un humo negro.

Cerca del edificio, había alguien sentado en el suelo junto a un dragón flaco. ¿Quién sería?

Cale se protegió los ojos del sol con la mano para verlo mejor.

¿Era Fierro, el herrero?

Fierro era un hombre muy mayor y delgado, de brazos fuertes y fibrosos de tanto darle al mazo. El ruido constante de los golpes contra el metal lo había dejado un poco sordo, y a su edad, la vista también le empezaba a fallar. La cabaña donde vivía estaba a unos doscientos metros de la herrería, aunque el hombre pasaba la mayor parte del día en su taller de trabajo.

«¿Qué estará haciendo ahí sentado?», se preguntó Cale.

El chico miró a sus amigos y les hizo una señal para que descendieran. Esta vez tendría que vigilar a Arco más de cerca para que no hiciera ninguna tontería. Mayo y Arco aterrizaron y siguieron el camino a pie, llevando a sus dragones por las riendas.



—¿Por qué no está trabajando Fierro? —preguntó Mayo.

—No lo sé. Es muy extraño —dijo Cale—. Ese hombre nunca se toma ni un solo día de descanso.

Al observar el edificio de la herrería, Cale encontró la respuesta. Delante de la puerta había un tronco caído que bloqueaba la entrada.

—Mayo, Arco —dijo Cale—. Aquí está pasando algo raro. Vamos a hablar con Fierro. ¡Y nada de tonterías! —añadió

mirando a Arco—. Tengo la intuición de que los ladrones han estado aquí... o quizá todavía no se han ido...

A Cale le entró un escalofrío. Recordó cómo los habían atrapado, a él y a Antón, en la incubadora horno. Los seres verdes habían puesto un tronco en la puerta, igual que el que tenían ahora delante. Seguro que no era una casualidad.

Arco asintió con la cabeza y Mayo se puso junto a él, lista para detenerlo si le daba por hacerse otra vez el héroe.

Cale se acercó al herrero, que estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en su viejo dragón.

—Buenos días, Fierro —dijo—. ¿Disfrutando de la mañana soleada?

Fierro se levantó con esfuerzo y se colocó bien las gafas. Se acercó a Cale y lo observó.

—Ah, eres tú, el hijo de Carmona —dijo. Después observó a Mayo y a Arco—. ¿Y vosotros? Me suena vuestra cara —dijo—. ¿Qué os trae por aquí?

—Yo soy Mayo y este es Arco —dijo Mayo educadamente.

—Hemos venido a ver si encontramos los hue... —empezó a decir Arco.

¡Estaba a punto de meter la pata otra vez! Cale reaccionó inmediatamente. Le pegó un buen pisotón a su amigo y lo interrumpió antes de que dijera nada más.

—¡AY! —protestó Arco agarrándose el pie con la mano y dando saltos con la otra pierna.

—Queríamos saber si podría reparar mi lanza —dijo Cale sacando su arma del mondramóvil.

Fierro se acercó y observó el abollado metal.

—Me temo que hoy no voy a poder hacer nada. ¡Mira! —dijo señalando la puerta de la herrería—. Esta mañana, cuando me disponía a trabajar, he visto que se había caído un tronco delante de la puerta. No sé de dónde ha salido, pero el caso es que a mi edad y con este dragón flaco, soy incapaz de quitarlo de ahí. ¡Y con todo el trabajo que tengo!

Mayo y Cale intercambiaron una mirada. Ellos sabían exactamente quién había puesto el tronco allí.

—Si quiere, puedo intentar arrastrarlo con mi dragón —ofreció Cale—. Mondragó es muy fuerte.

—Pues la verdad es que me harías un gran favor —dijo el herrero—. Déjame ir a casa a coger unos guantes y mi delantal de trabajo, y enseguida vuelvo a ayudaros.

Cale no pensaba esperar a que el herrero volviera.



En cuanto se alejó, desató las cinchas del mondramóvil y llevó a Mondragó hasta la puerta de la herrería. Mayo y Arco encontraron una palanca de hierro y la metieron debajo del tronco para levantarlo un poco. Cuando lo tenían en alto, Cale rodeó el tronco con los extremos de las cuerdas que salían del arnés de Mondragó, y una vez que estuvieron bien atadas, Mayo y Arco lo dejaron caer.

Después Cale se acercó a la cabeza de su dragón y le acarició el cuello.

—Ahora tienes que demostrar lo fuerte que eres, muchacho —le dijo.

—Cale, espera. —Lo detuvo Arco antes de que Cale le diera la orden a Mondragó—. Decías que había que tener un plan. ¿Qué pasa si los ladrones están ahí escondidos y nos atacan?

Cale miró a su amigo con una ceja levantada.

—Arco, si los ladrones estuvieran dentro, no habrían podido bloquear la puerta desde fuera con el tronco, ¿no crees? —dijo.

—Eso es cierto —dijo Mayo—. Si están por aquí, lo más seguro es que nos estén vigilando desde algún otro lugar.

Los tres chicos miraron a su alrededor. La finca estaba rodeada de setos y arbustos. Cale tragó saliva. Ahora que lo pensaba, le daba la sensación de que alguien los estaba observando, pero era incapaz de distinguir las plantas normales de los seres verdes disfrazados con hojas y ramas. Respiró hondo y tomó una decisión.

—Después de lo que pasó ayer, creo que estos ladrones buscan su botín y no se atreven a enfrentarse a nadie. Aun así, debemos tener cuidado. Será mejor que vigiléis mientras intento que Mondragó quite este tronco de en medio. Una vez que lo consiga, entraré en la herrería a ver si han escondido ahí los huevos de dragón —dijo.

—Espero que tengas razón —dijo Mayo—. Si nos atacan, no tenemos con qué protegernos.

—¡Yo tengo mi tirachinas! —dijo Arco sacándolo de su bolsillo y poniendo una piedra en la goma elástica.

—Pues eso... —contestó Mayo—, que no tenemos cómo protegernos...

Cale se puso en movimiento. Sacó del bolsillo unas bolitas de pienso y se colocó delante de Mondragó.

—Mira qué tengo, Mondragó —dijo—. ¡Una galletita! ¿La quieres?

El dragón acercó la nariz y movió la cola emocionado. Intentó avanzar para atrapar la galleta, pero el peso del tronco se lo impedía. Bajó la cabeza y empujó con todas sus fuerzas. ¡No pensaba rendirse tan fácilmente! Haría cualquier cosa por un poco de comida. Poco a poco, consiguió arrastrar el tronco por el suelo.



—¡Muy bien! —lo animó Cale—. Vamos, un poco más y será tuya.

Mondragó tiró y tiró. Cuando Cale vio que la puerta estaba libre, le dio el pienso a su dragón.

—¡Buen trabajo! —le dijo dándole un fuerte abrazo.

La celebración no duró mucho.

—¡Fierro acaba de salir de su casa! —gritó Mayo—. ¡Vamos, investiga la herrería antes de que llegue!

—Nosotros lo distraeremos —dijo Arco guardando su tirachinas en el bolsillo.

Cale abrió la puerta y entró. Dentro le esperaba una gran sorpresa.

CAPÍTULO 5

¡ATRAPADOS!

En el centro de la herrería se encontraba el yunque, y a su lado, una bomba de agua para llenar los cubos que había en el suelo, donde se enfriaba el hierro recién forjado. El taller estaba lleno de herramientas; las pinzas y las tenazas se mezclaban con candelabros, llaves y bisagras que habían encargado al herrero. En una pared del edificio estaba la forja, un fogón de hierro alimentado por un fuelle del que salía un calor intenso. La puertecita de la forja estaba cerrada y por los lados se podía ver el brillo rojo de las brasas. Cale cogió un guante grueso de tela que encontró encima de un estante y se acercó al horno.

Antes de abrir la puerta, escuchó con atención y oyó las voces del herrero, que ya había regresado, y de su amigo Arco, que intentaba distraerlo.



—¡Habéis conseguido quitar el tronco! ¡Muchas gracias! — dijo el herrero—. Ya es hora de que vuelva al trabajo.

—Espere un momento. —Lo detuvo Arco—. Es que... quería preguntarle si podría echar un vistazo a las patas de mi dragón. Se me ha ocurrido que le irían bien unas herraduras.

Cale sonrió al oír la ocurrencia de su amigo. ¡Herraduras para un dragón! ¡Menudo disparate!

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Fierro.

—Sí, sí. Venga conmigo y le explico mi idea —dijo Arco alejando al herrero del edificio.

Cale no perdió ni un instante. Con la mano enguantada, corrió la cerradura de hierro de la puerta de la forja y la abrió. Un resplandor intenso y cegador lo obligó a protegerse la cara con la mano y retroceder unos pasos. Lentamente, sus ojos se acostumbraron al brillo y pudo acercarse a observar el interior del fogón. Se llevó una gran sorpresa.

¡El brillo no provenía de las brasas! Dentro de la fragua, brillaban con fuerza dos huevos muy grandes de dragón.



¡Eran los huevos de dragón de fuego! Tenían un color dorado brillante y el tamaño de un melón.

¡Los había encontrado! Ahora solo tenía que sacarlos de allí y llevarlos a la dragonería.

Cale entornó la puerta para que no se escapara el calor y se asomó a la entrada de la herrería. Arco seguía mostrándole al herrero las patas de su dragón. Fierro se

rascaba la cabeza y miraba al chico como si le faltara un tornillo.

—¡Mayo! —llamó Cale a su amiga con un susurro—. ¡Ven! Necesito tu ayuda. ¡Trae la jaula!

Mayo corrió al mondramóvil y sacó la jaula pesada con barrotes de hierro. Con gran esfuerzo, consiguió llevarla hasta donde estaba Cale.

—¿Dónde están? —preguntó dejándola en el suelo.

—Ahí dentro —señaló Cale—. Vamos, tenemos que sacarlos con estas tenazas y esta pala —añadió pasándole la pala a su amiga.

Cale volvió a abrir la puerta de la forja y Mayo se asomó.

—¡Son enormes! —exclamó Mayo—. Seguro que pesan un montón.

—Sí, tenemos que tener mucho cuidado y que no se caigan al sacarlos —dijo Cale.

El chico metió las tenazas en el horno y las cerró alrededor de uno de los huevos. Después, Mayo metió la pala de hierro por debajo. Con mucha delicadeza, arrastraron el huevo por el suelo de la forja, lo sacaron y lo metieron en la jaula. Repitieron la misma operación con el segundo.



Los chicos se miraron y chocaron los cinco. ¡Ya los tenían!

—Tenemos que salir de aquí antes de que Fierro se canse de escuchar las brillantes ideas de Arco —dijo Mayo.

Entre los dos, levantaron la jaula con los huevos dentro y la llevaron al mondramóvil. Los huevos emitían mucho calor y parecían estar latiendo. Para esconderlos, Cale cubrió la jaula con uno de los delantales de cuero que había sacado de la herrería.

En ese segundo, vieron que Fierro regresaba al taller con Arco detrás. Mayo le hizo una señal a Arco para indicarle que habían conseguido su objetivo.

—Este chico tiene el cerebro lleno de paja —musitaba el herrero. Llegó hasta donde estaba Cale y le preguntó—: ¿Dónde está esa lanza que había que reparar?

—Aquí la tiene —dijo Cale recogiéndola del suelo—. ¿Cuándo cree que estará lista? ¿Y cuánto me va a costar la reparación?

Fierro observó el arma abollada y pasó el dedo por el filo.

—Calculo que tardaré un par de días en dejarla como nueva —dijo—. Y no te preocupes por el precio, ya me lo has pagado al quitar ese tronco de la puerta de mi taller.

—¡Muchas gracias! —contestó Cale—. Bueno, ahora nos tenemos que ir.

Los tres chicos se despidieron del herrero. Cale volvió a atar a Mondragó al mondramóvil y se pusieron en movimiento, seguidos de Arco y Mayo, que volaban en sus dragones por encima de ellos.

Cuando dejaron lejos la herrería, Cale gritó:

—¡Arco, has estado genial!

Arco sonrió orgulloso.

—¿Ves? Mis planes también funcionan —contestó.

El mondramóvil avanzaba a toda velocidad por el camino de tierra. Las crías de dragón de fuego pronto estarían a salvo.

A Cale le parecía increíble que su misión hubiera resultado tan sencilla. Ahora que lo habían conseguido, a lo mejor hasta podían disfrutar un poco del fin de semana.

Sin embargo, su suerte estaba a punto de cambiar.

A lo lejos, Cale divisó algo. Una gran pared verde bloqueaba el camino. Era un seto espeso que lo atravesaba de lado a lado, extendiéndose entre los inmensos árboles del bosque, que se alzaba a ambos lados de la ruta.

—¿QUÉ? —exclamó Cale—. ¿Qué es eso?

Cale tiró de las riendas para que Mondragó no chocara contra el seto y lo estudió atentamente. ¡No había manera de cruzarlo! Tendrían que regresar al último cruce y tomar una desviación.

«Juraría que ese seto no estaba ahí antes», pensó.

Hizo que Mondragó se diera media vuelta, y detrás de ellos... ¡apareció otro seto que cerraba la salida!

—¿Qué está ocurriendo? —les preguntó a Mayo y Arco, que volaban sobre él.

—Ni idea, es como si esas plantas hubieran aparecido de la nada —contestó Mayo.

Cale tembló. Estaba claro de qué se trataba. Eso no era un seto normal y corriente. Los arbustos no se mueven. ¡Lo que tenía delante eran las diabólicas plantas andantes!

«¿Qué hago? ¿QUÉ HAGO?», pensó Cale desesperadamente.

Los arbustos dieron unos pasos en su dirección. Avanzaban todos juntos, lentamente, y pronto consiguieron hacer un círculo alrededor de Mondragó y el mondramóvil. Cale calculó que debía de haber unos veinte en total. Ahora que los tenía más cerca podía estudiarlos mejor. Algunos tenían las hojas pequeñas y afiladas; otros estaban cubiertos de ortigas o de flores de colores. Entre las ramas de las plantas asomaban unos ojos brillantes, y por debajo se veían unos pies descalzos.

«¡Son personas! —pensó Cale—. ¿De dónde han salido?».

Algunos arbustos extendieron sus ramas en dirección al mondramóvil mientras el círculo se hacía cada vez más estrecho. ¡Los tenían completamente rodeados!

La paloma que llevaba Cale en el mondramóvil aleteó asustada al ver cómo las extrañas plantas iban hacia ellos. De pronto, alzó el vuelo y salió huyendo por el aire.

—¡NO, ESPERA! —exclamó Cale. Después miró a sus amigos, que volaban sobre sus dragones y gritó—: ¡AYUDA!

Cale agitó las riendas y Mondragó empezó a dar vueltas en redondo.

«¡Tengo que escapar como sea!», pensó el chico.

Los arbustos se acercaban más y más. Estaban a tan solo un par de metros de ellos. ¡Querían recuperar los huevos de dragón!

¿Cómo iban a salir de ahí?

¿Cómo iban a defenderse e impedir que se llevaran los huevos de dragón que tanto les había costado encontrar?

¡Eran muchos más que ellos!



CAPÍTULO 6

LA GRAN BATALLA

Cale miraba de un lado a otro desesperado. Los seres verdes acortaban la distancia. De pronto, uno de ellos lanzó un grito de guerra, y al oír la señal, el resto salió disparado hacia Cale y su dragón. En pocos segundos llegaron al mondramóvil. Unos se acercaron al cuello de Mondragó para sujetar sus riendas, mientras que otros intentaban agarrarse a las maderas del vehículo para impedir que siguiera dando vueltas.

Mondragó movía la cola contento al pensar que aquellos extraños animales se habían acercado a jugar con él. Intentaba meter su inmensa nariz entre las ramas para olfatearlos, pero Cale tiraba de las riendas para alejarlo. ¡Qué pesado era su dueño!

—¡NO! ¡FUERA! —gritaba Cale intentando maniobrar el mondramóvil para deshacerse de ellos.

Mayo y Arco miraban la situación desde el aire en sus dragones.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó Arco. Sacó el tirachinas de su bolsillo y empezó a dispararles piedras. ¡No servía de nada! Las piedras rebotaban inútilmente en las hojas.

Mayo le clavó los talones a su dragona.

—¡Vamos! —gritó.

Bruma bajó en picado hacia los arbustos. Cuando los tenía a tiro, Mayo empezó a darles patadas desde la montura.

PAF, PAF, sonaban sus botas contra los setos. CEAS, CEAS, sonaban las ramas, que le azotaban las piernas para defenderse.



Una de las plantas la agarró de la bota justo cuando la chica intentaba darle un buen puntapié y la sujetó con saña. Mayo se aferró a la montura de su dragona y sintió que las ortigas del arbusto se enrollaban en su rodilla causándole un dolor insoportable.

—¡Suéltame! —gritaba Mayo forcejeando.

La planta pegó un tirón con todas sus fuerzas. A Mayo se le resbalaban los dedos de la silla y tenía la pierna en carne viva. No podía resistir mucho más.

Cale oyó sus gritos y se dio la vuelta para ver qué estaba pasando. Cuando vio que su amiga estaba en apuros, soltó las riendas del mondramóvil y le pegó un buen empujón al arbusto. El impacto consiguió que la planta soltara a Mayo y saliera rodando por el suelo. Bruma aprovechó para elevarse por el aire con su dueña colgando de la silla.

Mayo consiguió poner un pie en el estribo y se sentó de nuevo en la montura. Le ardía la pierna y notaba cómo le salían ampollas en la piel.

«¡No es momento de lamentarse!», pensó Mayo preparándose para volver a la lucha.

Los arbustos seguían atacando el mondramóvil. Uno de ellos había conseguido apartar el delantal que cubría la jaula y dejar al descubierto los huevos de dragón de fuego, que brillaban con más intensidad que antes y latían con fuerza.

Otra planta se lanzó a la jaula e intentó atraparla entre sus ramas. La jaula pesaba demasiado y pidió ayuda a uno de sus secuaces, que trepó por un lateral del mondramóvil. Entre los dos la levantaron.

Arco los vio desde el aire y decidió unirse a la acción.

—¡Arco al rescate! —gritó levantando un puño en alto y haciendo que Flecha saliera disparado hacia los ladrones.

Cuando estaba encima de ellos, Arco sujetó una de las riendas con la boca, se colgó de la silla hacia abajo con los brazos estirados, y cuando consiguió tocar las patas de su dragón, se enganchó a sus garras y dejó caer el cuerpo. Se quedó colgando de las patas de Flecha con las piernas en el aire. Después movió la cabeza hacia un lado para tensar la rienda y que su dragón empezara a dar vueltas. Flecha dio giros rápidos en el aire haciendo que las piernas de Arco se movieran como las aspas de un molino.

Arco miró hacia abajo y empezó a darles golpes con las piernas a los ladrones que intentaban llevarse la jaula. ¡PIM, PAM, PUM!

Las plantas salieron disparadas por el aire y la jaula cayó con un golpe en el suelo del mondramóvil. Por suerte, parecía que los huevos no se habían dañado.

Flecha siguió dando vueltas y Arco consiguió derribar algunas plantas más.

¡PIM, PAM!



—¡Toma ya! —exclamó Arco soltando una mano y levantando el puño en señal de victoria. Al hacerlo, con la inercia de las vueltas, se le soltó la otra mano y él también salió volando hasta caer al suelo con un gran golpe. ¡PLOP!

Arco intentó levantarse para perseguir a los setos que había derribado y huían hacia el bosque, pero se tambaleaba y no fue capaz de avanzar ni dos pasos.

—¡Uf, qué mareo! —dijo extendiendo los brazos e intentando recuperar el equilibrio. Su dragón, Flecha, tomó tierra y se tumbó en el suelo. ¡Él también estaba mareado!

Mientras tanto, Mayo había conseguido recuperarse y hacía vuelos rasantes con su dragona para proteger la jaula.

Cale peleaba desde la estructura de madera. Un arbusto saltó dentro del mondramóvil. Cale, sin pensárselo dos veces, se lanzó encima y lo agarró con fuerza. ¡No pensaba dejar que robara los huevos de dragón! La planta escurridiza empezó a retorcerse y a gruñir como un animal salvaje, dándole golpes a Cale contra las maderas. Cale apretó al ser entre sus brazos y sintió cómo se le clavaban las espinas afiladas en la piel. El arbusto se resistía, y cuanto más se retorcía, más apretaba Cale.



De pronto, Cale notó que se le estaba escapando. El ladrón que había dentro consiguió retroceder.

Cale tiró de él con rabia y se quedó con su disfraz en la mano!

Durante un segundo pudo ver la espalda desnuda de la persona que había dentro. Era flaca y estaba muy sucia, y en el centro, parecía tener un tatuaje, una imagen amarilla, verde y roja. No le dio tiempo a fijarse bien porque inmediatamente, tres de sus secuaces lo cubrieron con sus ramas y se lo llevaron al bosque para esconderlo.

«Ese dibujo que tiene en la espalda me suena», pensó Cale con el abrigo de hojas en la mano. Mientras observaba cómo se alejaba su adversario, recibió un golpe en la espalda que le hizo perder el equilibrio y caer al suelo del mondramóvil. El seto que lo había golpeado pasó por encima de él y llegó hasta la jaula.

Cale se incorporó y se lanzó hacia él. Los dos empezaron a pelear como si su vida dependiera de ello, mientras Mayo seguía atacando desde el aire y Mondragó miraba aturdido la escena sin saber qué hacer. Por suerte, Arco ya había conseguido recuperarse y al ver que Cale estaba en apuros acudió en su ayuda.

Arco se subió de nuevo a su dragón y este alzó el vuelo. Cuando Flecha estuvo cerca del mondramóvil, el chico tiró de las riendas hacia atrás y su dragón aleteó con fuerza, poniendo las garras afiladas por delante.

—¡Agárralo! —gritó. Su dragón enganchó con las garras al seto que había golpeado a Cale y lo elevó por los aires.

El seto gritaba furioso e intentaba soltarse. Flecha lo tenía bien sujeto y no lo soltó hasta que se alejaron del mondramóvil.

—¡Ahora! —dijo Arco.

Flecha abrió sus garras y ¡PAM!, el arbusto se estrelló contra el suelo y se quedó agazapado allí. Arco hizo que su dragón volara por encima, y el ladrón, cuando vio las garras del animal que se acercaban de nuevo hacia él, se puso de pie y se metió corriendo entre los árboles.

—¡Gracias! —gritó Cale a su amigo.

—¡Ha sido un placer! —sonrió Arco. En ese momento vio que dos ladrones atacaban a Mondragó. Sujetaban sus riendas para que no se moviera, mientras que el dragón intentaba defenderse, moviendo la cabeza de lado a lado para apartarlos. Le estaban haciendo mucho daño y al dragón ya no le parecía un juego.

Un arbusto cubierto de flores enganchó a Mondragó por el morro y le clavó las ramas en la piel.



¡Las flores se le metieron al dragón por la nariz y apenas podía respirar!

Mondragó cerró la boca, echó la cabeza para atrás y...

¡ACHÚS!

Estornudó lanzando una bola de fuego por la boca.

CAPÍTULO 7

LA HUIDA

¡La llamarada prendió fuego a las ramas del arbusto! En unos segundos las llamas se extendieron y la planta se convirtió en una masa ardiente.

—¡AAAAAAAAAAH! —gritaba la persona escondida bajo las hojas.

Durante un segundo nadie reaccionó. Los secuaces del ladrón miraban asustados a su amigo con miedo a acercarse y acabar corriendo la misma suerte. Por fin, uno tomó la iniciativa y se lanzó encima de su compañero para intentar apagar las llamas. Todos los demás acudieron en su ayuda.

—¡Cale, aléjate! ¡Ahora! —gritó Mayo.

Cale no perdió ni un minuto. Aprovechando que los arbustos estaban distraídos, volvió a hacerse cargo de las riendas y las agitó con fuerza.

—¡CORRE, MONDRAGÓ! —gritó.

Mondragó no se movió. Observaba con curiosidad a los arbustos que corrían detrás de la planta en llamas.

—¡VAMOS! —insistió Cale.

El dragón miró a su dueño y pareció entender que la situación era verdaderamente urgente. Bajó la cabeza, arañó el suelo con las patas delanteras y salió disparado por el camino de tierra! Cale se sujetó con fuerza para no caerse del monDRAMÓvil.



—¡Nosotros te cubriremos! —exclamó Arco.

Arco y Mayo se quedaron con sus dragones en medio del camino para impedir que los ladrones persiguieran a Cale. Flecha y Bruma aleteaban con fuerza a ras del suelo, bloqueando el paso. Algunos arbustos intentaron pasar y los dragones los amenazaron con sus garras y los hicieron retroceder.

—¡Acércate y verás! —los retaba Arco.

Por el camino, el mondramóvil levantaba una gran nube de polvo al pasar.

—¡Más rápido! —urgió Cale a Mondragó.

Estaban alejándose del campo de batalla.

Cale miró hacia atrás. Los ladrones se estaban retirando y huían a esconderse en el bosque. Parecía que, de momento, iban a abandonar la persecución.

De pronto, Cale oyó algo.

¡CRAC!

¡CRAC!

Miró la jaula.

¡En los huevos se estaban abriendo unas grietas! ¡Habían perdido demasiado tiempo con la pelea y las crías de los dragones de fuego estaban a punto de salir!

Tenía que llevarlos a la dragonería cuanto antes.

Una vez que Mayo y Arco se aseguraron de que todos los arbustos ladrones se habían perdido de vista, fueron a reunirse con su amigo. Ambos volaron detrás del mondramóvil.

—¡Las crías! —les gritó Cale—. ¡Van a salir!

¡CRAC! ¡CRAC!

En uno de los huevos ya había aparecido la cabeza de una cría de dragón. Era de un color rojo intenso, como el fuego, y tenía un cuerno afilado en la parte de atrás de la cabeza y una mandíbula muy ancha. ¡Con razón se llamaban mandibulados! El pequeño dragón empezó a mover sus alas para salir del huevo. En cuanto consiguió liberarse, ¡saltó encima del otro y empezó a morder la cáscara!

—¿Qué hace? —preguntó Arco.

—¡Se va a comer a la otra cría! —exclamó Mayo.

El dragoncito daba bocados a la cáscara agrietada del otro huevo. Poco a poco consiguió abrirlo del todo y dejó al descubierto otra cría un poco más pequeña del mismo color rojo brillante. El dragoncito olfateó a la cría recién nacida y gruñó con sus pequeñas escamas de punta.

Antón ya les había advertido que las crías de los dragones de fuego eran muy agresivas y difíciles de adiestrar. Los dos dragoncitos ahora se miraban con cara de pocos amigos y se lanzaban rugidos amenazadores. El más pequeño retrocedió un paso ¡y se tiró encima del otro! Le empezó a dar bocados en el cuello mientras la otra cría se retorció y gemía.

—¡Corre, Cale! ¡Tenemos que llegar antes de que se maten! —gritó Mayo.

Cale volvió a agitar las riendas del mondramóvil y Mondragó aceleró la marcha.



Ya estaban más cerca de la dragonería. Una colina más y habrían llegado.

Con un poco de suerte llegarían a tiempo.

Sin embargo, cuando bajaban la última cuesta y recorrían los últimos metros para llegar a la entrada de la dragonería, se toparon con una nueva sorpresa.

¡SOLDADOS!

A ambos lados de la entrada de la dragonería había cuatro caballeros muy altos, de unos dos metros de altura cada uno.

La sombra de sus cascos les tapaba la cara. Los cuatro movían los brazos de arriba abajo, como si estuvieran dando órdenes a los chicos de que se detuvieran.

No parecían estar armados. Cale tiró de las riendas para detener a Mondragó y les hizo un gesto a Mayo y a Arco para que tomaran tierra. Sus amigos aterrizaron a su lado y Cale bajó del mondramóvil.

—¿Y esos quiénes son? —preguntó Arco.

—No lo sé —dijo Cale confundido—. A lo mejor Antón ha pedido refuerzos.

Sabía perfectamente que esos soldados no habían salido de su pueblo. Samaradó era un lugar pacífico y sus ciudadanos eran campesinos, herreros, panaderos o profesores. No tenían ejército porque en su reino no necesitaban defenderse de ningún peligro... hasta ahora.

—O a lo mejor son de la banda de ladrones... —dijo Mayo.

—Vamos a ver qué quieren —decidió Cale—. Debemos mantenernos alerta por si es una trampa.



Arco se llevó la mano al bolsillo y sacó su tirachinas.

Antes de ir a hablar con los soldados, Cale echó un vistazo a las crías de dragones. Seguían gruñendo y peleándose en la jaula. Tenían que sacarlas de ahí antes de que se hicieran daño.



Los tres amigos avanzaron unos pasos mientras los soldados seguían moviendo los brazos.

—¿A estos qué mosca les ha picado con tanto movimiento? —dijo Arco.

—Ahora lo averiguaremos —dijo Cale mirándolos con precaución.

De pronto, por detrás de uno de los soldados apareció una figura.

Los tres amigos la reconocieron inmediatamente.

CAPÍTULO 8

EN LA DRAGONERÍA

—¡CASI! —gritaron Cale, Mayo y Arco al unísono.

Su amigo tenía una gran sonrisa en la boca y los miraba orgulloso. A su lado correteaba la cría de dragón de tierra que habían recuperado el día anterior. Aunque no habían pasado más de veinticuatro horas, el dragoncito se veía mucho más fuerte. Daba saltitos de un lado a otro, sin apartarse mucho de Casi.

—¿Y bien? ¿Qué os parece mi nuevo invento? —preguntó Casi—. Es un mecanismo bastante sofisticado. En el camino puse una cuerda que lo atraviesa de lado a lado, y cuando alguien pasa por encima, activa el sistema de movimiento de brazos de los soldados.

A Casi, el gran inventor del grupo, le encantaba dar explicaciones detalladas de sus nuevas creaciones.

—Pues a mí me la has dado —dijo Arco acercándose a observar el ingenioso mecanismo.

Los guerreros estaban hechos con planchas de madera y se mantenían en alto con unos palos clavados por detrás en la tierra. Tenían una armadura gris pintada, y encima de la cabeza, unos cascos viejos. Todos estaban unidos por unas cuerdas que hacían que sus brazos se movieran a la vez.

—Deberías poner un montón de estos alrededor de toda la dragonería —dijo Cale.

—Sí, y a lo mejor puedes hacer que lleven armas o algo así para impresionar más —sugirió Mayo.

—Bueno, es solamente un prototipo. Todavía tengo que perfeccionarlos —contestó Casi tensando algunas de las cuerdas y tomando medidas con su cinta métrica.

En ese momento se fijó en los dragones de sus amigos, que seguían esperando a sus dueños en el camino. Flecha y Bruma jadeaban después de la gran batalla y Mondragó se había sentado a descansar.



—¿Habéis conseguido averiguar algo? —preguntó Casi.

Cale se llevó la mano a la cabeza.

—¡Las crías de dragón! ¡Tenemos que llevárselas a Antón!
—dijo, y salió corriendo al mondramóvil.

—Ahora te contamos todo —dijo Mayo, y también ella fue a recoger a su dragona, seguida de Arco.

Cale se subió al mondramóvil y le dio la orden a Mondragó para que fuera hacia el edificio principal de la dragonería. Mayo y Arco agarraron a sus dragones por las riendas y fueron andando. ¡Flecha y Bruma estaban demasiado cansados para volar! Casi iba a su lado, con el dragoncito pegado a sus talones.

Antón, el dragonero, estaba en uno de los corrales dando de comer a los dragones jóvenes y a sus madres. Al ver llegar al grupo, abrió la puerta de madera del recinto y salió a recibirlos.



—¡Por fin estáis aquí! ¡Ya empezaba a preocuparme! —dijo —. ¿Habéis descubierto algo?

Cale llegó a su lado y tiró de las riendas. Mondragó se detuvo y empezó a olfatear el saco de pienso que el dragonero tenía en la mano.

—¡Tenemos dos crías de dragón de fuego! —dijo Cale señalando la jaula. Los dragoncitos se habían quedado

dormidos uno encima del otro. Ahora no parecían las crías agresivas y peleonas de antes.

Antón corrió a la jaula y los observó.

—¡Espléndidos! ¡Son unos ejemplares magníficos! —dijo abriendo la jaula.

—¡Cuidado! —lo avisó Arco—. ¡Son unas verdaderas fieras!

Antón miró a Arco y sonrió. Después metió la mano en la jaula y sacó a una de las crías.

—Arco —dijo Antón—, ya os he dicho varias veces que todos los dragones son inofensivos. Solo hacen daño cuando los entrenan para hacerlo.

Los chicos se quedaron sorprendidos al ver como la cría no protestaba mientras Antón la examinaba.

Arco se acercó a la jaula para sacar al otro dragoncito. Al meter la mano, la cría se sobresaltó y le mordió un dedo!

—¡AAAAY! ¡ME HA MORDIDO! ¡ME HA MORDIDO! —gritó Arco sacando la mano y metiéndola debajo del brazo mientras daba saltos de dolor.

Antón soltó una carcajada.

—¡No tiene gracia! —protestó Arco—. ¡Casi me deja sin dedo!

—Me parece que eres un poco exagerado, ¿no? —se rio—. ¡Esa cría de dragón todavía no tiene dientes! Cuando son pequeñas les gusta morder todo y jugar a pelearse, pero nunca llegan a hacer daño. Toma, Mayo, sujeta a esta mientras examino al dragón comedor de niños —dijo pasándole la cría a Mayo sin dejar de reír.



El dragoncito que sujetaba Mayo rugió y abrió su boca desdentada. Después intentó lanzar una bola de fuego y apenas le salió una llamita por la nariz.

—Es monísimo —dijo Mayo acariciándole la cabeza.



Arco los miraba de reajo. Estaba rojo como un tomate. Se miró la mano y, efectivamente, no tenía ni un rasguño.

Una vez que Antón comprobó que las dos crías estaban en buen estado, Cale le contó todo lo que habían descubierto ese día.

—Mira, he conseguido quitarle a uno el disfraz de planta —explicó mostrándole a Antón el abrigo de hojas verdes.

Antón estudió el disfraz y después se frotó la barba pensativo.

—Será mejor que lo guardes. Puede que nos resulte útil —dijo. Después le puso la mano a Cale en el hombro—. Con estas dos, habéis conseguido recuperar tres crías. ¡Buen trabajo! Creo que por hoy será suficiente, aunque nuestra labor no ha terminado. Los ladrones todavía tienen cinco huevos de dragón en su poder y no podemos permitir que se salgan con la suya.

—¡Los encontraremos! —prometió Cale.

—Sí, cuenta con nosotros —añadió Arco.

—Y con nuestros dragones —dijo Mayo.

—Y con mi ejército de soldados de madera —dijo Casi.

—El pueblo de Samaradó tiene mucha suerte de tener chicos tan valientes como vosotros —dijo Antón—. Ahora, vamos a comer algo, os lo tenéis bien merecido. Tenéis que

reponer fuerzas. ¿Por qué no dais de comer a vuestros dragones y después venís conmigo?

CAPÍTULO 9

UN MERECIDO DESCANSO

Cale, Arco y Mayo metieron a sus dragones en el establo donde se encontraba Chico, el dragón de Casi, y les dieron agua y pienso. Después, los cuatro amigos siguieron a Antón hasta su gran caserón de troncos de madera.

Entraron en un comedor con el techo muy alto. En medio había una mesa redonda y gigantesca. En un lado de la sala la chimenea estaba encendida y unos cuadros enormes de dragones decoraban las paredes. Antón les pidió a los chicos que se sentaran a la mesa mientras él preparaba algo en la cocina. Al poco tiempo apareció con un gran puchero con un guiso humeante de carne.

—Espero que tengáis hambre —dijo Antón.

—¿Hambre? ¡Me comería tres vacas ahora mismo! —exclamó Arco.

Mientras Arco servía la comida en los platos, todos empezaron a hablar a la vez y a comentar las grandes aventuras que habían vivido ese día.

Cale se echó hacia atrás y se apoyó en el respaldo de su asiento. En ese momento recordó las palabras que le había dicho muchas veces su padre: «La vida corre muy rápido y es importante aprender a detenerte y apreciar el momento que vives».

Eso fue exactamente lo que hizo.

Observó a las dos crías de dragón de fuego que jugaban a perseguirse entre las patas de las sillas. Cuando una alcanzaba a la otra, se tiraba encima y las dos rodaban por el suelo dando gruñidos. El dragoncito de tierra los miraba moviendo la cola, sin apartarse de los pies de Casi.

Vio cómo Casi y Mayo se reían con las ocurrencias de Arco, mientras que Antón escuchaba atentamente las peripecias que narraba el chico. El ruido de las cucharas rebañando los platos de cerámica se mezclaba entre sus risas y bromas.

A través de la ventana podía ver los establos donde descansaban Mondragó, Flecha, Bruma y Chico. Una vez más, su fiel dragón los había sacado de un gran apuro, y gracias a él, habían logrado burlar a los ladrones y llegar a salvo a la dragonería.

Cale sonrió feliz. Tenía un dragón único en el mundo, unos amigos inseparables y a Antón, el dragonero que tanto les estaba enseñando y confiaba en ellos. Juntos conseguirían lo que se propusieran.



TIPOS DE DRAGONES

Existen seis tipos de dragones diferentes. Antón, el dragonero, es el encargado de asignar cada dragón a su correspondiente dueño. Antes de hacerlo, analiza la personalidad de esa persona, el lugar donde vive y las actividades a las que se dedica. Tener un dragón es una gran responsabilidad. Los dragones son animales muy fieles, protegen a sus dueños y los llevan de un lugar a otro, pero los dueños también deben cuidar y proteger a sus dragones.

DRAGONES DE TIERRA O COMPACTIFORMES



Son animales tímidos y cariñosos. Tienen las patas cortas y el cuerpo pequeño en comparación con otros dragones. No son muy ágiles, pero sí muy fuertes, y pueden llevar grandes cargas. Les gusta dormir en camas mullidas de paja y no necesitan hacer mucho ejercicio.

Chico, el dragón de Casi, es un dragón de tierra.

DRAGONES DE FUEGO O MANDIBULADOS



Estos dragones son animales dominantes y agresivos, muy difíciles de adiestrar. Suelen ser de color rojo brillante. Lanzan grandes bolas de fuego por la nariz y gruñen sin parar. Con disciplina y alguien que sepa dominarlos, son animales formidables e incansables. Les gustan los lugares cálidos.

Los dragones gemelos del exalcalde Wickenburg y de su hijo Murda son dragones de fuego.

DRAGONES DE AGUA O MISTERIMORFOS



Reciben este último nombre porque nunca se sabe qué aspecto van a tener. Son los únicos dragones a los que les gusta el agua. Suelen ser juguetones y muy traviesos. Como son bastante tragones, conviene controlar su dieta para que no engorden. Son el compañero de juego perfecto, pero se distraen mucho y es probable que hagan que su dueño siempre llegue tarde.

Mondragó es un dragón de agua.

DRAGONES DE LAS CUEVAS O CAZARÍFEROS



Estos dragones son muy buenos cazadores. Tienen un gran sentido del olfato y pueden ver en la oscuridad. Se mueven sigilosamente. Son animales nocturnos y no les gusta madrugar. Sus dientes afilados son muy útiles para cortar cualquier cosa.

El dragón de Fierro, el herrero, es un cazarífero.

DRAGONES DE VIENTO O VELOCÍPTEROS



La característica principal de estos dragones son sus enormes alas, que les permiten tener grandes destrezas de vuelo. Son muy ágiles y los animales más veloces que existen. Les gustan los espacios grandes y necesitan hacer mucho ejercicio para mantenerse en forma.

Flecha, el dragón de Arco, y Bruma, la dragona de Mayo, son dragones de viento.

DRAGONES DE HIELO O MULTIMEMBRADOS



El cuerpo de estos dragones es muy diferente al del resto. Pueden tener dos cabezas, dos colas o seis patas. Son muy útiles en trabajos de construcción o para realizar distintas tareas a la vez. Resisten temperaturas frías y les gustan las montañas y las actividades al aire libre.

El dragón bicéfalo de Antón es un dragón de hielo.



Ana Galán nació en Oviedo, España, el 3 de septiembre de 1964, pasó su infancia y gran parte de su juventud en Madrid.

Desde pequeña supo que quería ser veterinaria, y no paró hasta conseguirlo.

Vive en Nueva York, y en las pocas ocasiones en las que no está delante de su ordenador escribiendo, contestando correos electrónicos, hablando o descargando fotos, se dedica a jugar y a entrenar a un labrador para que un día se convierta en un gran perro-guía para ciegos.

Es la autora de *El club Arcoíris* entre otros muchos libros para niños y jóvenes.